 Tiempo de lectura: 11 min.

(continuación del artículo anterior)

Capítulo IX. La batalla de Lepanto

Expuestos así algunos de los muchos hechos que confirman en general cómo María protege los brazos de los cristianos cuando luchan por la fe, pasemos a otros más particulares que han dado a la Iglesia motivos para llamar a María con el glorioso título de *Auxilium Christianorum*. La principal de ellas es la batalla de Lepanto.

A mediados del siglo XVI, nuestra península disfrutaba de cierta paz cuando una nueva insurrección procedente de Oriente vino a sembrar el caos entre los cristianos.

Los turcos, establecidos en Constantinopla desde hacía más de cien años, vieron con pesar que el pueblo de Italia, y en particular los venecianos, poseían islas y ciudades en medio de su vasto imperio. Por ello, empezaron a pedir a los venecianos la isla de Chipre. Cuando se negaron, tomaron las armas y con un ejército de ochenta mil soldados de infantería, tres mil caballos y una artillería formidable, dirigidos por su propio emperador Selimo II, sitiaron Nicosia y Famagusta, las ciudades más fuertes de la isla. Estas ciudades, tras una heroica defensa, cayeron ambas en poder del enemigo.

Los venecianos apelaron entonces al Papa para que acudiera en su ayuda para combatir y rebajar el orgullo de los enemigos de la Cristiandad. El Romano Pontífice, que era entonces s. Pío V, temiendo que si los turcos salían victoriosos traerían la desolación y la ruina entre los cristianos, pensó en recurrir a la poderosa intercesión de aquella a quien la santa Iglesia proclama tan terrible como un ejército ordenado a la batalla: *Terribilis ut castrorum aeies ordinata*. Por ello ordenó oraciones públicas para toda la cristiandad: apeló al rey Felipe II de España y al duque Manuel Filiberto.

El rey de España formó un poderoso ejército y se lo confió a un hermano menor conocido como D. Juan de Austria. El duque de Saboya envió de buena gana un selecto número de valerosos hombres, que se unieron al resto de las fuerzas italianas y fueron a reunirse con los españoles cerca de Mesina.

El enfrentamiento del ejército enemigo tuvo lugar cerca de la ciudad griega de Lepanto. Los cristianos atacaron ferozmente a los turcos; éstos opusieron una feroz resistencia. Cada navío giraba repentinamente en medio de torbellinos de

llamas y humo y parecía vomitar rayos de los cien cañones con los que estaba armado. La muerte tomó todas las formas, los mástiles y las cuerdas de los barcos rotos por las balas cayeron sobre los combatientes y los aplastaron. Los gritos agónicos de los heridos se mezclaban con el estruendo de las olas y los cañones. En medio de la agitación comunal, Vernieri, jefe del ejército cristiano, advirtió que la confusión empezaba a apoderarse de las naves turcas. Inmediatamente puso en orden algunas galeras poco profundas llenas de diestros artilleros, rodeó las naves enemigas y a cañonazos las destrozó y las fulminó. En aquel momento, a medida que aumentaba la confusión entre los enemigos, surgió un gran entusiasmo entre los cristianos, y de todas partes se oía el grito de ¡Victoria! y la victoria estaba con ellos. Los barcos turcos huyen hacia tierra, los venecianos los persiguen y los destrozan; ya no es batalla, es matanza. El mar está sembrado de ropas, paños, barcos destrozados, sangre y cuerpos destrozados; treinta mil turcos han muerto; doscientas de sus galeras caen en poder de los cristianos.

La noticia de la victoria produjo una alegría universal en los países cristianos. El senado de Génova y Venecia decretó que el 7 de octubre fuera un día solemne y festivo a perpetuidad, porque fue en este día del año 1571 cuando tuvo lugar la gran batalla. Entre las oraciones que el santo Pontífice había ordenado para el día de aquella gran batalla estaba el Rosario, y a la misma hora en que tuvo lugar aquel acontecimiento, él mismo lo recitó con una multitud de fieles reunidos con él. En aquel momento, la Santísima Virgen se le apareció y le reveló el triunfo de las naves cristianas, triunfo que San Pío V anunció rápidamente en Roma antes de que nadie más hubiera podido llevar la noticia. Entonces el santo Pontífice, en agradecimiento a María, a cuyo patrocinio atribuía la gloria de aquel día, ordenó que se añadiera a las letanías de Loreto la jaculatoria: *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. María Auxiliadora, ruega por nosotros. El mismo Pontífice, para que el recuerdo de aquel prodigioso acontecimiento sea perpetuo, instituyó la Solemnidad del Santísimo Rosario, que se celebra cada año el primer domingo de octubre.

Capítulo X. La Liberación de Viena.

En el año 1683, los turcos, para vengar su derrota en Lepanto, hicieron planes para llevar sus armas a través del Danubio y del Rin, amenazando así a toda la Cristiandad. Con un ejército de doscientos mil hombres, avanzando a marchas forzadas, llegaron a sitiar las murallas de Viena. El Sumo Pontífice, que era entonces Inocencio XI, pensó en apelar a los príncipes cristianos, instándoles a

acudir en ayuda de la Cristiandad amenazada. Pocos, sin embargo, respondieron a la invitación del Pontífice, por lo que éste, al igual que su predecesor Pío V, decidió ponerse bajo la protección de aquella a quien la Iglesia proclama *terribilis ut castrorum acies ordinata*. Rezó e invitó a los fieles de todo el mundo a rezar con él.

Entretanto se produjo una consternación general en Viena; el pueblo, temiendo caer en manos de los infieles, abandonó la ciudad y lo dejó todo. El emperador no tenía fuerzas para oponerse y abandonó su capital. El príncipe Carlos de Lorena, que apenas había podido reunir a treinta mil alemanes, consiguió entrar en la ciudad para intentar de algún modo su defensa. Las aldeas vecinas fueron incendiadas. El 14 de agosto, los turcos abrieron sus trincheras desde la puerta principal y acamparon allí a pesar del fuego de los sitiados. Luego asediaron todas las murallas de la ciudad, incendiaron y quemaron varios edificios públicos y privados. Un caso doloroso aumentó el valor de los enemigos y disminuyó el de los sitiados.

Prendieron fuego a la Iglesia de los Escoceses, consumieron aquel soberbio edificio, y en su camino hacia el arsenal, donde se guardaba la pólvora y las municiones, estuvieron a punto de abrir la ciudad a los enemigos, si por una protección muy especial de la Santísima Virgen María, el día de su gloriosa Asunción, no se hubiera extinguido el fuego, dándoles así tiempo para salvar las municiones militares. Aquella sensible protección de la Madre de Dios reavivó el valor de los soldados y de los habitantes. El día veintidós del mismo mes, los turcos intentaron derribar más edificios lanzando un gran número de bolas y bombas, con las que hicieron mucho daño, pero no pudieron impedir que los habitantes suplicaran día y noche la ayuda del cielo en las iglesias, ni que los predicadores les exhortaran a poner toda su confianza, después de Dios, en Aquél que tantas veces les había prestado una poderosa ayuda. El 31, los sitiadores paralizaron las obras, y los soldados de ambos bandos lucharon cuerpo a cuerpo.

La ciudad era un montón de ruinas, cuando el día de la Natividad de María Virgen. los cristianos redoblaron sus oraciones y, como por milagro, recibieron aviso de un próximo socorro. En efecto, al día siguiente, segundo día de la octava de la Natividad, vieron la montaña, que se alza frente a la ciudad, toda cubierta de tropas. Fue Johanni Sobieschi, rey de Polonia, que estaba casi solo entre los príncipes cristianos, cediendo a la invitación del Pontífice, acudió con sus valientes hombres al rescate. Convencido de que con el escaso número de sus soldados la victoria le sería imposible, recurrió también al que es formidable en medio de los ejércitos más ordenados y feroces. El 12 de septiembre fue a la iglesia con el príncipe Carlos, y allí oyeron la santa misa, que él mismo quiso servir, con los brazos extendidos en forma de cruz. Después de comulgar y recibir la santa

bendición para él y su ejército, el príncipe se levantó y dijo en voz alta: “Soldados, por la gloria de Polonia, por la liberación de Viena, por la salud de toda la cristiandad, bajo la protección de María podemos marchar con seguridad contra nuestros enemigos y la victoria será nuestra”.

El ejército cristiano descendió entonces de las montañas y avanzó hacia el campamento de los turcos, quienes, después de luchar durante algún tiempo, se retiraron al otro lado del Danubio con tal precipitación y confusión que dejaron en el campamento el estandarte otomano, unos cien mil hombres, la mayoría de sus tripulaciones, todas sus municiones de guerra y ciento ochenta piezas de artillería. Nunca hubo una victoria más gloriosa que costara tan poca sangre a los vencedores. Podían verse soldados cargados de botín entrando en la ciudad, conduciendo delante de ellos muchos rebaños de bueyes, que los enemigos habían abandonado.

El emperador Leopoldo, enterado de la derrota de los turcos, regresó a Viena aquel mismo día, hizo cantar un *Te Deum* con la mayor solemnidad, y luego, reconociendo que una victoria tan inesperada se debía enteramente a la protección de María, hizo llevar a la iglesia mayor el estandarte que había encontrado en la tienda del Gran Visir. El de Mahoma, más rico aún y que se alzaba en medio del campo, fue enviado a Roma y presentado al Papa. Este santo Pontífice, también íntimamente persuadido de que la gloria de aquel triunfo era toda debida a la gran Madre de Dios, y deseoso de perpetuar la memoria de aquel beneficio, ordenó que la fiesta del Santo Nombre de María, ya practicada desde hacía algún tiempo en algunos países, se celebrase en adelante en toda la Iglesia el domingo entre la octava de su Natividad.

Capítulo XI. Asociación de María Auxiliadora en Munich.

La victoria de Viena aumentó maravillosamente la devoción a María entre los fieles y dio origen a una piadosa sociedad de devotos bajo el título de Cofradía de María Auxiliadora. Un padre capuchino que predicaba con gran celo en la iglesia parroquial de San Pedro de Munich, con expresiones fervientes y conmovedoras exhortaba a los fieles a ponerse bajo la protección de María Auxiliadora y a implorar su patrocinio contra los turcos que amenazaban con invadir Baviera desde Viena. La devoción a la Santísima Virgen María Auxiliadora creció hasta tal punto que los fieles quisieron continuarla incluso después de la victoria de Viena, a pesar de que los enemigos ya se habían visto obligados a abandonar su ciudad. Fue entonces cuando se estableció una Cofradía bajo el título de María Auxiliadora para eternizar el recuerdo del gran favor obtenido de la Santísima Virgen.

El duque de Baviera, que había mandado una parte del ejército cristiano, mientras que el rey de Polonia y el duque de Lorena mandaban el resto de la milicia, para dar continuidad a lo que se había hecho en su capital, pidió al Sumo Pontífice, Inocencio XI, la erección de la Cofradía. El Papa accedió de buen grado y concedió la institución implorada con una bula fechada el 18 de agosto de 1684, enriqueciéndola con indulgencias. Así, el 8 de septiembre del año siguiente, mientras el príncipe asediaba la ciudad de Buda, la Cofradía fue establecida por su orden con gran solemnidad en la iglesia de San Pedro de Munich. Desde entonces, los hermanos de esa Asociación, unidos de corazón en el amor a Jesús y a María, se reunían en Munich y ofrecían oraciones y sacrificios a Dios para implorar su infinita misericordia. Gracias a la protección de la Santísima Virgen, esta Cofradía se difundió rápidamente, de modo que las más grandes personalidades estaban deseosas de inscribirse en ella para asegurarse la asistencia de esta gran Reina del Cielo en los peligros de la vida y, sobre todo, en el momento de la muerte. Emperadores, reyes, reinas, prelados, sacerdotes e infinidad de personas de todas partes de Europa siguen considerando una gran fortuna estar inscritos en ella. Los Papas han concedido muchas indulgencias a los que están en esa Hermandad. Los sacerdotes agregados pueden agregar a otros. Se rezan miles de Misas y Rosarios en vida y después de la muerte por los que son miembros.

Capítulo XII. Conveniencia de la fiesta de María Auxiliadora.

Los hechos que hemos expuesto hasta ahora en honor de María Auxiliadora dejan claro cuánto le gusta a María ser invocada bajo este título. La Iglesia católica observó, examinó y aprobó todo, guiando ella misma las prácticas de los fieles, para que ni el tiempo ni la malicia de los hombres desvirtuaran el verdadero espíritu de la devoción.

Recordemos aquí lo que hemos dicho a menudo sobre las glorias de María como ayuda de los cristianos. En los libros sagrados está simbolizada en el arca de Noé, que salva del diluvio universal a los seguidores del Dios verdadero; en la escalera de Jacob, que se eleva hasta el cielo; en la zarza ardiente de Moisés; en el arca de la alianza; en la torre de David, que defiende contra todos los asaltos; en la rosa de Jericó; en la fuente sellada; en el jardín bien cultivado y vigilado de Salomón; está figurada en un acueducto de bendiciones; en el vellocino de Gedeón. En otros lugares se la llama la estrella de Jacob, bella como la luna, elegida como el sol, el iris de la paz; la pupila del ojo de Dios; la aurora portadora de consuelos, la Virgen y Madre y Madre de su Señor. Estos símbolos y expresiones que la Iglesia aplica a María ponen de manifiesto los designios providenciales de Dios, que quiso

dárnosla a conocer antes de su nacimiento como primogénita entre todas las criaturas, excelentísima protectora, auxilio y sostén del género humano.

En el Nuevo Testamento, pues, cesan las figuras y las expresiones simbólicas; todo es realidad y cumplimiento del pasado. María es saludada por el arcángel Gabriel, que la llama llena de gracia; Dios admira la gran humildad de María y la eleva a la dignidad de Madre del Verbo Eterno. Jesús, Dios inmenso, se convierte en hijo de María; por ella nace, por ella es educado, asistido. Y el Verbo Eterno hecho carne se somete en todo a la obediencia de su augusta Madre. A petición suya, Jesús realiza el primero de sus milagros en Caná de Galilea; en el Calvario es convertida de hecho en Madre común de los cristianos. Los Apóstoles la convierten en su guía y maestra de virtudes. Con ella se reúnen para orar en el cenáculo; con ella asisten a la oración, y al final reciben el Espíritu Santo. A los Apóstoles dirige sus últimas palabras y vuela gloriosa al Cielo.

Desde su más alto sitial de gloria se dirige diciendo: *Ego in altissimis habito ut ditem diligentes me et thesauros corum repleam*. Habito en el más alto trono de gloria para enriquecer con bendiciones a los que me aman y colmar sus tesoros con favores celestiales. De ahí que, desde su Asunción a los cielos, comenzara el constante e ininterrumpido concurso de los cristianos a María, sin que jamás se oyera, dice San Bernardo, de nadie que confiadamente apelara a ella que no fuera escuchado. De ahí la razón por la que cada siglo, cada año, cada día y, podemos decir, cada momento está marcado en la historia por algún gran favor concedido a quienes la han invocado con fe. De ahí también la razón de que cada reino, cada ciudad, cada país, cada familia tenga una iglesia, una capilla, un altar, una imagen, un cuadro o algún signo que recuerde una gracia concedida a quienes recurrieron a Ella en las necesidades de la vida. Los gloriosos acontecimientos contra los nestorianos y contra los albigenses; las palabras que María dijo a St. Domingo en el momento en que recomendó la predicación del Rosario, que la misma Santísima Virgen denominó *magnum in Ecclesia praesidium*; la victoria de Lepanto, de Viena, de Buda, la Cofradía de Munich, la de Roma, la de Turín y otras muchas erigidas en diversos países de la Cristiandad, ponen suficientemente de manifiesto cuán antigua y extendida es la devoción a María Auxiliadora, cuánto le agrada este título y cuánto beneficio reporta a los pueblos cristianos. De modo que María pudo pronunciar con toda razón las palabras que el Espíritu Santo puso en su boca: *In omni gente primatum habui*. Soy reconocida Señora entre todas las naciones.

Estos hechos, tan gloriosos para la Santísima Virgen, hacían desear la intervención expresa de la Iglesia para dar el límite y la forma en que María podía ser invocada bajo el título de Auxilio de los Cristianos, y la Iglesia ya había intervenido en cierto modo con la aprobación de las cofradías, oraciones y muchas

prácticas piadosas a las que van unidas las santas indulgencias, y que en todo el mundo proclaman a *María Auxilium Christianorum*.

Todavía faltaba una cosa y era un día establecido del año para honrar el título de María Auxiliadora, es decir, un día de fiesta con un rito, una Misa y un Oficio aprobados por la Iglesia, y se fijó el día de esta solemnidad. Para que los Pontífices determinaran esta importante institución, fue necesario algún acontecimiento extraordinario, que no tardó en manifestarse a los hombres.

(continuación)